

cuantos bienes se pueden desear, parece que sobresale entre todos el de la gloria y honra que se hace á los Santos.

Puédese tambien echar de ver lo que Dios honrará en el cielo á las almas gloriosas por lo que honra aun en la tierra á sus huesos carcomidos; de lo cual dice san Crisóstomo estas palabras (1): *¿En dónde está ahora el sepulcro de Alejandro Magno? Ruégote que me lo muestres, y digas el dia en que murió. Pero los sepulcros de los siervos de Cristo son tan espléndidos, que han ocupado á la ciudad mas principal y mas imperial de todas, y los dias en que murieron son bien conocidos, y son de fiesta por todo el orbe. El sepulcro de aquel sus mas allegados le ignoran; el de estos los mismos bárbaros saben dónde está. Además de esto, los sepulcros de aquellos que sirvieron á Cristo exceden en resplandor á los palacios reales, no solo por razon de las magnificencias y hermosura de los edificios, porque por esta parte tambien se les aventajan; sino, lo que es mucho mas, por la reverencia y gusto de los que acuden á ellos, porque hasta el que viste púrpura frecuenta sus sepulcros para reverenciarlos; y deponiendo su majestad y fausto, está humilde, suplicándoles que le ayuden con Dios, teniendo por patronos y amparo á un pescador y un oficial de tabernáculos, que están ya muertos, y está instándoles con ruegos el que está coronado con diadema. ¿Qué milagros no ha hecho Dios por las reliquias de sus siervos? ¿Qué prodigios no ha causado en sus cuerpos? San Crisóstomo escribe de san Juvencio y san Máximo (2) que sus cadáveres despues de muertos echaban tales rayos y resplandores, que no los podia sufrir la vista de quien los miraba. Sulpicio Severo escribe de san Martin (3) que quedó su cuerpo muerto como glorificado, porque estaba su carne mas pura que el cristal y mas blanca que la leche. Con el cuerpo de san Eduardo rey y de san Francisco Javier ¿qué maravillas no hizo Dios, guardándolos tantos años incorruptos? Y si esto hace con los cuerpos de sus siervos que están debajo de tierra, ¿qué hará con sus almas que están sobre los cielos, y qué hará con cuerpo y alma cuando resuciten los cuerpos gloriosos, y entren despues del dia del juicio triunfando en la ciudad santa de Dios y verdaderamente eterna?*

### CAPÍTULO III.

#### *De las riquezas y reino eterno del cielo.*

No son menores las riquezas eternas que las honras, aunque son tan inestimables, como hemos dicho; porque no hay mayores riquezas que no carecer de bien alguno, ni tener falta de cosa que se desee; y en aquella vida bienaventurada no ha de faltar bien, y todo deseo ha de estar

(1) In II Cor. hom. 26. — (2) Chrysost. in serm. de S. Juven. et Max.  
(3) Sever. in epist. ad Socrum.

satisfecho. Y si, como dijeron los filósofos, no es rico el que tiene, sino el que no desea, no habiendo allí deseo por cumplir, hay suma riqueza. Tambien decian los estóicos que el pobre no era el que carecia de alguna cosa, sino el que necesitaba; y como en aquel reino celestial no ha de haber necesidad alguna, riquísimo es el que entra en él. Por estas divinas riquezas, cuando en varias parábolas trata Cristo del reino de los cielos, lo mas ordinario es hablar de él con nombres y enigmas de cosas ricas. Una vez llamándole tesoro escondido, otra margarita preciosa, otra dinero; porque si la bienaventuranza es poseer á Dios enteramente, ¿qué riquezas se pueden comparar con ella? ¿Qué posesiones puede haber mayores que la posesion de Dios? ¿Qué heredades mas ricas que la herencia del reino de los cielos? ¿Qué joya mas preciosa que la divinidad? ¿Qué oro mas subido que el Criador del oro y de todas las cosas preciosas, el cual se da á los Santos por posesion y riquezas, para que abominemos todas las riquezas temporales, si por ellas se han de perder las eternas, pues son tales? Y no se aflijan los que han de morir mañana por los bienes que pueden perecer primero que ellos, ni se afanen por poseer lo que han de dejar de gozar, ni pidan con mas instancia lo caduco; que rueguen por su salvacion eterna, prefiriendo las riquezas perecederas á las que han de durar para siempre, y lo criado al Criador, no buscando á Dios por lo que es, sino por lo que da, y por aquello en que da menos, que es lo temporal, de lo cual lastimado san Agustin dice (1): *Dios quiere ser servido graciosamente, quiere ser amado sin interés; esto es, puramente: y no por eso ser amado, porque da algo fuera de sí, sino porque se da á sí mismo; y así el que invoca á Dios para que le haga rico, no invoca á Dios, sino aquello que quiere que le venga; porque ¿qué es invocar ó llamar sino clamar á sí? Porque cuando se dice: Dios mio, dame riquezas, no quieres que Dios venga á tí, sino que te vengan las riquezas; pero si invocaras á Dios, él viniera á tí, él fuera tus riquezas; pero tú quieres tener el arca llena y vacío el corazon: mas Dios no hinche el arca, sino el pecho.*

### § II.

Fuera de la posesion de Dios, importa mucho hacer concepto del reino de los cielos, que es de los justos, donde reinarán con Cristo eternamente; y así son inmensas sus riquezas, pues son reyes de un reino tan grande. Llámase el lugar donde han de habitar los Santos en la bienaventuranza reino de los cielos; porque es una region extendidísima, mucho mas grande que por ventura hará concepto de ella nuestro entendimiento: y si la tierra, con ser un punto respecto de los cielos, contiene en sí tantos y tan grandes reinos, ¿cuál será aquel reino que es

(1) S. Aug. in Psalm. lxx.

uno solo, y se extiende por todo el inmenso espacio de los cielos? Mire el cristiano cuán apocado corazón tendrá si le estrecha al amor de las cosas presentes, sudando y afanándose por alcanzar una partecita de los bienes de este mundo, que todo él es una migaja, ó, por mejor decir, un puntico; porque si puede poseer todo y ser señor de los cielos; ¿por qué se contenta con migajas? Aunque este reino de Dios es tan grande é inmenso, no está despoblado; porque está lleno de moradores de diversas suertes y naciones: está todo él tan habitado, cuanto lo pudiera estar una ciudad y una casa sola. Allí hay, como habla el Apóstol, frecuencia de muchos millares de Ángeles; allí está infinito número de justos, cuantos murieron desde Abel hasta ahora que estén purificados, y estarán con sus cuerpos gloriosísimos y resplandecientes mas que el sol. Allí residirán los espíritus angélicos con gran orden y decencia, y distribuidos en sus nueve coros, causando admiración con su hermosura, á los cuales corresponderán con igual decencia otros nueve órdenes de los justos: los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, los pastores y doctores, los sacerdotes y levitas, los monjes y ermitaños, las vírgenes y otras santas mujeres. Toda esta populosísima ciudad estará habitada, no de pueblo, sino de ciudadanos tan nobles, ricos, justos y sábios, que todos serán reyes sapientísimos y santísimos. ¡Cuánta dicha será vivir con tales personas! Para ver solo á Salomón vino la reina Sabá de los fines de la tierra: á ver á Tito Livio en Roma venían gentes de provincias muy apartadas: por ver á un rey que sale de su palacio concurre todo el pueblo: ¿qué será no solo vivir, sino reinar con tantos Ángeles, y tratar con hombres tan eminentes y santos? Porque si solo para ver á san Antonio en el desierto dejaban los hombres sus casas y patrias, ver tantos Santos en el cielo, conversar y tratar con ellos, ¿qué gozo será? Bien se pueden dejar los bienes de la tierra por asegurar el tenerlos tanto mayores en el reino de Dios. Si bajara ahora del cielo uno de los Profetas ó de los Apóstoles, ¿con cuánta admiración y gusto le fueran todos á ver y oír? Pues en la otra vida, no solo un profeta ó un apóstol hemos de ver y tratar, sino á todos juntos. Á un Ángel solo que vió san Roman cuando era gentil le admiró tanto, que dejó todas las cosas de la tierra y la misma vida por hacerse cristiano; ¿qué admiración será ver en toda su hermosura y grandeza millares de millares de Ángeles, y juntamente tantos cuerpos gloriosos con una inmensa claridad? Porque si solo un sol basta en este mundo para alegrarle, ¿qué harán tantos soles vivos que serán innumerables en aquella región de luz?

Por esta gran frecuencia de habitantes no solo se dice el lugar de la gloria reino de los cielos, sino también ciudad de Dios. Dicese reino por su inmensa grandeza, y dicese ciudad por su gran hermosura y mucha habitación; porque no es como los otros reinos y provincias, que no

están todos habitados, y tienen grandes desiertos, montes inaccesibles y bosques espesos, estando divididos en muchas ciudades y poblaciones distantes unas de otras; pero el reino de Dios, aunque es extendidísimo, todo es una ciudad hermosísima. ¿Quién no se maravillara si viera que toda España ó Italia era sola una ciudad que cogiese tantas leguas como contienen estas provincias, y que toda esa ciudad fuese tan hermosa como lo fue Roma en tiempo de Augusto César, el cual la hizo de mármoles siendo antes de ladrillos? ¿Qué vista fuera la de la Caldea, si toda fuera como Babilonia; y la de Siria, si toda fuera como Jerusalem cuando estaba en su mayor hermosura? ¿Cuál será la ciudad celestial de los Santos, que ocupa con su grandeza todo el reino de los cielos, y mas siendo toda, como la pinta la sagrada Escritura, de oro y piedras preciosísimas, para significar las riquezas que poseerán los siervos de Cristo? Las puertas de la ciudad dice san Juan que eran de unas riquísimas margaritas: los cimientos de los muros eran todos de piedras preciosas, de jaspe, zafiro, calcedonio, esmeralda, topacio, jacinto, ametisto, y otras piedras muy preciosas: las calles y las plazas de oro finísimo, y toda la ciudad, y las habitaciones y palacios de los Santos eran de la misma manera de oro tan puro, que parecía vidrio cristalino, juntando en una misma materia la firmeza del oro con la transparencia del cristal y la hermosura de uno y otro.

Si toda Roma fuera de zafiros, admiraría al mundo: ¿qué maravilla será aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda de oro, margaritas y piedras preciosísimas, ó, por mejor decir, de mas que oro y perlas, y habitada de tanta multitud de hermosísimos ciudadanos? Y así como sus habitantes son sin número, así su capacidad es sin medida. Diógenes dijo que el cielo era un techo inmenso, lo cual se podía decir con mas razón del cielo empero, donde está la corte de Dios, y su ciudad y su reino. De él dicen insignes matemáticos que es tan grande, que aunque diese Dios á cada uno de los bienaventurados tantos cuantos son mayor espacio que toda la redondez de la tierra; con todo eso sobrara espacio para dar á otros muchos otro tanto. Llegan también á tantear la grandeza de este cielo tan capaz, diciendo que tendrá de longitud mas de diez mil y catorce millones de millas, y de latitud tres mil y seiscientos millones; ¡qué pasmo será ver una ciudad de tantos mil millones de millas, toda de oro lucidísimo y transparente como el cristal! Los teólogos confiesan que esta capacidad del cielo empero es casi inmensa; pero mas se huelgan de admirarla que atreverse á medirla: si bien no falta teólogo que diga (1) que si Dios hiciese de cada granito de arena que hay en la orilla del mar que fuese tan grande como este mundo terreno, que parece serian infinitos; con todo eso no llenaran la capacidad del cielo, el cual ocupa aquella ciu-

(1) Joan. Gaile in suo Peregrino.

dad santa toda labrada de materia mas vistosa y preciosa que oro, perlas y diamantes. Por cierto que apenas puede el pensamiento concebir tan prodigiosas riquezas y maravillas, por las cuales debíamos padecer todas las necesidades y penas de este mundo.

Estando san Francisco de Asis muy afligido de un dolor de ojos (1), que no le dejaba tomar algun descanso del sueño, molestándole juntamente el demonio con llenarle el aposento de ratones, que con muchas carreras y ruido aumentaban su pena, daba con gran paciencia gracias al Señor porque le castigaba tan blandamente, diciendo: Señor mio Jesucristo, mayores castigos merezco; pero Vos, como buen pastor, concededme que por ninguna tribulacion me aparte de Vos. Estando en esto oyó una voz que le dijo: Francisco, si toda la tierra fuera de oro puro y los rios fueran de bálsamos, y los montes y peñas fueran piedras preciosas y diamantes, ¿no dijeras que este era un grande tesoro? Pues sábetete que hay otro mayor tesoro, cuanto es mas el oro que el cieno, el bálsamo que el agua, y una piedra preciosa que un guijarro; y este rico tesoro se te debe por premio de tu enfermedad, si estás contento con ella. Gózate, Francisco, que este tesoro es de la gloria, á la cual se va por tribulaciones. Con razon por cierto se puede padecer aquí alguna pena y pobreza: pues se han de alcanzar en la gloria tanto mayores riquezas, donde aquella ciudad santa es un inmenso tesoro, á la cual debemos muchas veces levantar el alma, y apartando el corazon de toda felicidad caduca y bienes de la tierra, decir con David: *Gloriosas cosas se dicen de tí, ciudad de Dios*. Así lo hacia san Fulgencio, el cual entrando una vez en Roma en tiempo en que estaba muy lucida, y viendo su grandeza, hermosura y maravillosa arquitectura, dijo con admiracion: ¿Cuán hermosa será la celestial Jerusalem, si así es la Roma terrestre? Una sombra de esto fue mostrada al rey Josafat, cuya historia escribe san Juan Damasceno (2), el cual estando en profunda oracion postrado en tierra le cogió un dulce sueño, y vió á dos varones de grave semblante que le llevaron por regiones no conocidas á un campo lleno de flores y plantas de rara hermosura, cargadas de frutas no vistas. Las hojas de los árboles, movidas blandamente de una marea delicada, hacian dulce son y respiraban suavísimo olor. Allí vió muchedumbre de asientos fabricados de oro y piedras muy preciosas de nuevo resplandor. Corrian arroyos de agua cristalina que daban extraordinario agrado á la vista. De aquí entró en una ciudad hermosísima; sus muros de oro trasparente, sus torres y almenas de piedras nunca vistas en valor y lustre, sus calles y plazas llenas de celestiales arroyos de luz: andaban por ellas lucidos ejércitos de Ángeles y Serafines entonando canciones, cuales nunca oyeron orejas mortales. Entre ellas oyó una voz que decia:

(1) Chron. Fratr. Minor. part. 2, c. 6. — (2) Damas. in vita Bari. et Josaph. cap. 30.

*Este es el reposo de los justos; este es el gozo de los que dieron buena cuenta á Dios de su vida*. Mas todo esto no es sino sueño y sombra en comparacion de la verdad, y de la grandeza y riquezas de aquella corte celestial. Y, pues en esta riquísima ciudad y reino han de reinar los bienaventurados juntamente con Cristo, ¿cuán grandes serán sus riquezas? ¿Quién fue tan rico que tuviese á la entrada de su casa una losa toda de oro de dos varas de largo? ¿Qué riquezas serán las del cielo, pues todo el reino celestial ha de ser de oro, y todas las calles y casas de aquella ciudad santa; y no solo de oro, sino mas que de oro? Porque para dar á entender la sagrada Escritura por una parte las riquezas del reino de Dios, y por otra que eran de mas superior género que las de la tierra, nos las dibujó con la semejanza de las riquezas de este mundo, como son oro, margaritas y piedras preciosas; porque entendemos nosotros por estos nombres grandes riquezas: y por otra parte nos pintó estas cosas tales, que no se hallan así en la tierra; porque si bien dijo margaritas, significó que eran tan grandes que servian de puertas á la ciudad, no siendo las mayores margaritas de la tierra del tamaño de una avellana; si dijo esmeralda y topacio, los pintó tan grandes que bastaban para ser cimientos de unos muy grandes y altos muros; si dijo oro, fue añadiendo que era como vidrio, no siendo nuestro oro trasparente, sino oscuro y opaco. Todo esto fue para significar que en el cielo hay grandes riquezas; pero de diverso y mas superior género, y mas subidos quilates que las de la tierra: y no sin razon se llama aquella ciudad santa reino de los cielos, para significar que la ventaja que hace el cielo á la tierra se hacen las cosas de allá á las de acá, las honras eternas á las temporales, las riquezas celestiales á las terrestres; porque si toda la tierra no es mas que un punto respecto de los cielos, ¿qué pueden ser sus riquezas precederas respecto de las eternas?

### § III.

De estas incomparables riquezas, no solo señores, sino reyes serán los bienaventurados, como se da á entender tantas veces en la sagrada Escritura, y no se disminuyen ni las riquezas celestiales, ni el reino de los cielos, porque tengan muchos señores y reyes; porque tiene esto mas este reino amplísimo, que no es como los reinos de este mundo, que son en sí muy estrechos, y no consienten ser de muchos reyes juntos, y si se dividen en partes, se vienen á disminuir; pero el reino de los cielos es de tal condicion, que todo es poseido de todos, y todo de cada uno, á la manera que el sol es comun á todos y á cada uno, y no calienta menos á cada uno porque caliente á otros muchos.

El efecto de las riquezas es mucho mayor y mas noble en el cielo que lo puede ser en la tierra, pues de lo que suele servir la hacienda es para tener uno poder, honras y deleites; y á todas estas cosas no puede hacer

todo el oro de este mundo que dejen de tener mucho de flaqueza, ignominia y pena. El poder de un rey muy rico solo llega á que pueda mandar á sus vasallos, y á los que no le obedecieren puede echar en la cárcel, y castigar hasta quitarles la vida: por esto es temido y respetado; pero toda esta potencia de los reyes no es sin ayuda de sus reinos; porque ¿qué le aprovechara al príncipe mandar defender una ciudad, si los soldados que estuviesen en ella no lo quisiesen hacer? Y así un juglar entretenido preguntó á Felipe II: Si todos dijésemos de no á lo que manda V. M., ¿que habia de hacer? dándole á entender como su poder dependia de otros. No solo depende el poder de un monarca de la voluntad de sus súbditos, sino de las murallas, de sus fortalezas, de las armas, instrumentos militares y otras muchas cosas; de suerte, que aunque el pueblo pende de un hombre solo, que es su príncipe, el príncipe depende de muchos hombres y de muchas cosas; y reyes muy ricos se han visto sin poder, como Creso y Andrónico: otros no se han podido defender, con todas sus riquezas, aun de sus mismos vasallos, como Domiciano, Cómodo, Heliogábalo y Julio César; mas el poder del bienaventurado no depende de otro poder ni de otro hombre, el cual dice san Anselmo (1) que será tan grande que no habrá fuerza ni resistencia que le ceda; y si quisiere mover un monte y pasarlo de su asiento á otro, lo podrá hacer con la misma facilidad que movemos de una parte á otra los ojos: y no es esto maravilla, pues aun en esta vida lo prometió Cristo á los que en fe suya quisiesen hacerlo, como se escribe de san Gregorio, el obrador de milagros, y de algunos otros que lo hicieron; que si los Ángeles y aun los demonios tienen este poder, no serán los bienaventurados de menor fortaleza. Cuanto á la honra que quieren los príncipes mas ricos, solo pueden hacer que los adoren de rodillas, y que todos se les sujeten; pero no podrán vedar que les murmuren en ausencia, y que noten todas sus acciones, é interprete el pueblo como quiera. Tienen delante de sí muchos aduladores que con la lengua los alaban, pero con el corazon los desprecian; y por la mayor parte suelen ser menos los que los honran que los que les desdoran, pues son pocos aquellos que tratan con ellos y muchos los que tratan de ellos: y así son pocos los que los alaban en presencia, y muchos los que los censuran en ausencia. Con regalos y gustos ordinarios no se contentan los príncipes; por esto buscan espectáculos y recreaciones costosas, comedias exquisitas: tienen huertos amenísimos, bosques de mucha caza: comen regaladamente; pero nada de esto les basta para que una calentura no les aflija, ó el dolor de cabeza, estómago, gota y otros males no les molesten, ó los cuidados, temores y sobresaltos no les quiten el sueño.

No hay dinero ni oro en este mundo que pueda hacer sus bienes se-

(1) Anselm. de Simil. cap. 31.

guros y cabales, solo en el cielo se hallará este; y así es riquísimo aquel dichosísimo estado en que se halla mas que puedan dar todas las riquezas. Allí tienen un poder tan sin flaqueza (1), que un solo Ángel sin ejército, sin bombardas, sin espada ni lanza mató de una vez ciento y ochenta mil hombres. ¡ Con cuánta facilidad libran los Santos de grandes peligros á los que los invocan, y sin impedirles la distancia del lugar ni estorbarlos la violencia de los tiranos, han ayudado en un momento á sus devotos! Pues la honra de los bienaventurados ¿cuán cumplida será, pues hasta los demonios les han de reverenciar; y aunque viviendo en la tierra muchos los menospreciaron, despues de muertos les reverencian esos mismos, viendo las muchas maravillas que por su intercesion obra Dios. Los gozos tambien son puros y verdaderos, sin mezcla de dolor y pena, y tan grandes como luego veremos. Tambien se debe considerar que esas sumas riquezas de los Santos no son como las de los reyes de la tierra, que se sacan de los tributos que les dan; porque aunque justos no dejan de tener esta mala condicion, que se han de defraudar los vasallos con lo que se ha de enriquecer su príncipe, quitándose de los pobres lo que se ha de dar á los reyes, los cuales han de repartir en sus soldados y ministros lo que recogieron de los labradores y plebeyos. No tienen ninguna tacha las riquezas del cielo, porque á ninguno son cargosas, ni se quita nada á nadie para dar todo á los siervos de Cristo que reinan en el cielo.

#### CAPÍTULO IV.

##### *De la grandeza de los gustos eternos.*

La honra, el provecho y el gusto son tan distintos bienes en la tierra, que pocas veces se hallan juntos; porque la honra no suele acompañarse con el provecho, ni el provecho con el gusto: así el enfermo, por serle provechosa la purga, la bebe, por amarga que sea. Fuera de esto los gustos del mundo son las mas veces vergonzosos y de grande afrenta, y no de menor coste y gasto: hase de disminuir de hacienda lo que se aumenta de entretenimiento y deleite; no es así en los bienes eternos, en los cuales es todo uno: lo que es honesto es tambien útil, y lo útil deleitable: á las honras eternas acompañan riquezas sin fin, y á honras y riquezas siguen gustos inmensos. Todo esto significó el Señor en las palabras con que introdujo al siervo fiel en la gloria, cuando le dijo: *Ea, bien está, siervo bueno y fiel; porque en lo poco fuiste fiel, te levantaré sobre muchas cosas: entra en el gozo de tu señor.* En estas palabras le honra mucho, alabándole de fiel y buen siervo, y juntamente le enriquece con entregarle muchas cosas, y le admite al gusto y gozo de su señor,

(1) IV Reg. xix.